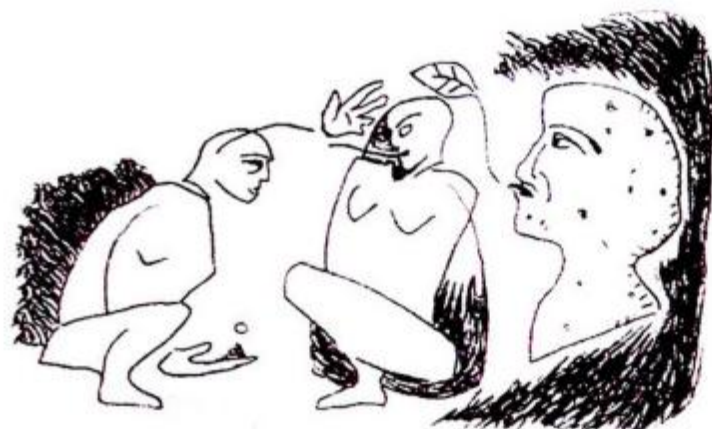


hombro y la lleva a otro lugar, en un recorrido acompañado con música, bailes, carrozas y, por supuesto, una dosis generosa de licor.

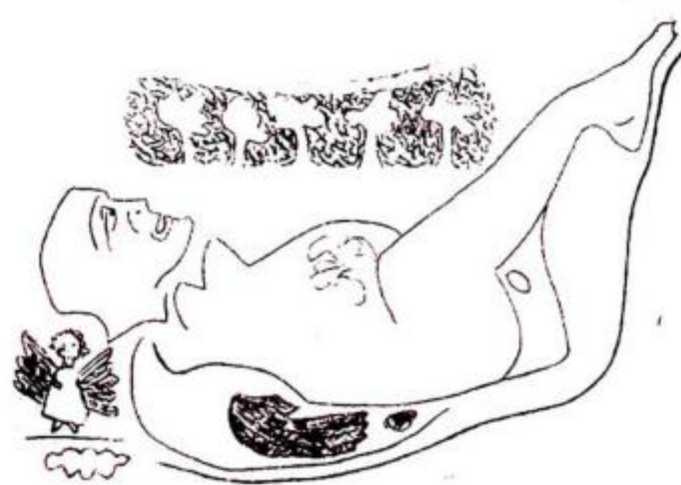


Santificad las fiestas es un muestrario del jolgorio nacional, del más auténtico espíritu de goce que parece “incitado por resortes de un ancestral mecanismo humano”, se manifiesta sin necesidad de grandes decorados, especialmente entre la gente humilde, y surge alrededor de motivos simples, como puede verse en la Fiesta del Gallo en el Valle (Chocó), donde los lugareños se vendan los ojos y con machete en mano tratan de cortarle la cabeza a un gallo medio enterrado animados por el sancocho que saborearán al final de la juerga.

Los reportajes y fotografías en blanco y negro que componen el libro son trabajos documentales independientes que, aunque están presentados por separado, se conjugan eficazmente para retratar la alegría del pueblo, la danza, los atuendos, los juegos, los instrumentos y toda la parafernalia que caracteriza la festividad, pero sobre todo para captar el sentido de esta vivencia colectiva desde el punto de vista de sus actores, permitiéndole al lector conocer el porqué y el cómo de cada ritual. Hay que destacar el trabajo de Carlos Sánchez, quien con sensibilidad y talento literario logra en sus crónicas captar el alma de la fiesta y de sus protagonistas.

Pese a estas virtudes, la obra carece de un criterio de selección —sea cronológico, geográfico, tipológico u otro— que le dé coherencia. En Colombia existe una lista interminable de verbenas, corralejas, carnavales, fiestas rurales, urbanas, patronales, folclóricas, religiosas, indígenas, fiestas de cosechas (la de la iraca, la ce-

bolla, el arroz, el café, el mango, el maíz...; al parecer, todos los productos agrícolas de la A a la Z tienen su fiesta, como seguramente la tienen todos los pueblos a lo largo y ancho de nuestra geografía). Pero no sabemos por qué de ese variado calendario festivo se escogieron unas celebraciones y otras no. Me hubiera gustado encontrar festejos bellísimos como el Festival de la Guabina y el Tiple de Vélez, donde niños y adultos recrean por igual la tradición musical de las montañas santandereanas, o la fiesta llanera de San Martín que se celebra desde 1735, en la que varias cuadrillas de hombres montados a caballo representan episodios de la conquista española. El libro, como buen abre bocas, aviva el apetito, invita a un recorrido más amplio sobre las festividades colombianas. Sería bueno ver desde su óptica algunos festivales de música popular como el del Mono Núñez en Ginebra (Valle), el de la Leyenda Vallenata en Valledupar (Cesar), el Festival del Porro en San Pelayo (Córdoba), punto de encuentro de las bandas papayeras de la región, o celebraciones ampliamente conocidas como la de San Pacho en Quibdó o la de Negritos y Blanquitos en Pasto.



Valdría la pena emprender un proyecto de más envergadura sobre este tema —cuya amplitud alcanzaría a conformar una enciclopedia— con el enfoque documental de *Santificad las fiestas* para presentar un panorama lo más completo posible del repertorio festivo del país, el cual podría culminar en una publicación con textos, ilustraciones e imágenes en vivo... perfecto para una edición en multimedia. Ahí queda la idea para un editor osado que quiera

retomarla. Los pocos libros que han tratado de abordar el asunto, como *Fiestas, celebraciones y ritos de Colombia* de Nina de Friedemann, derrochan en fotografías en color lo que escatiman en texto; otros, como el de Javier Ocampo López, *Las fiestas y el folclor en Colombia*, describen danzas, cantos, ritmos y trajes de las principales fiestas pero tiene una documentación gráfica muy pobre.

Santificad las fiestas es un libro de interés para todos los que quieran conocer la cara jovial de Colombia y saber acerca de las manifestaciones que congregan a sus habitantes en torno a la alegría y el goce. Esta edición, patrocinada por el Ministerio de Cultura, nos presenta bellamente, a través de la imagen y la palabra, once festividades que confirman la riqueza y la diversidad cultural de un país donde, por fortuna, todavía perviven tradiciones que no han sido arrasadas por las expresiones de la cultura moderna y donde, a pesar de tantas cosas terribles, la gente todavía tiene motivos de sobra para festejar.

VERÓNICA
LONDOÑO VEGA
Universidad de Antioquia

Flaco favor

Botero, esculturas

Jean Clarence Aubert (prólogo)
Villegas Editores, Bogotá, 1998,
272 págs.

Para quienes conocen de vieja data las pinturas de Fernando Botero adentrarse en otra faceta de su trabajo como es su escultura resulta una labor estimulante, ya que de esta manera se abarcan los dos hemisferios de su creación plástica.

Sin dejar de reconocer la calidad editorial y gráfica propia de este sello, así como su diagramación, una vez leído el presente libro al lector le queda la sensación de una oportunidad desaprovechada.

Si el libro se titulara *Botero monumental*, coincidiría con su contenido. Pero desgraciadamente no sucede, pues en *Botero, esculturas* no se puede apreciar la evolución estilística del maestro antioqueño, ni se recorren los caminos que lo llevaron a dar el salto a la tercera dimensión, lo cual constituye una falla que le impide al interesado conocer en profundidad esta cara de la moneda.

Resulta asombroso, por no decir inconcebible, que obras de 1995 estén al lado de obras de 1977, con lo cual, en vez de ver una evolución, lo que se aprecia es una historia mal contada, como alguien que relatando una historia altera los tiempos, lo que arruina la narración o, al menos, la confunde.

Si se piensa entonces que el prólogo contendrá una pista, un hilo conductor, se caerá de nuevo en el error. Su autor, Jean Clarence Aubert, premeditadamente nos lleva por un laberinto de observaciones que, si bien no dejan de ser interesantes, impiden participar de la génesis de las obras, así como de su evolución interna.

Ninguna discusión cabe aquí sobre el trabajo escultórico de Botero. La rotundidad de sus volúmenes, el trabajo sobre las superficies resbalosas, los gestos ausentes de sus figuras forman ya un código universal. En sus figuras, tanto las monumentales como las que no lo son, subsiste con gran elegancia la delicadeza del Renacimiento, la depuración del siglo XIX al fragor de nuestros días. En virtud de una aclimatación latinoamericana de toda una iconografía europea, Botero ha creado una imagen desbordante, irónica, lujuriosa, enriqueciendo nuestra tradición así como nutriendo la tradición europea con una mirada fresca, desenfadada.

Esa desvirtuación de la tradición, donde el eclecticismo no es ignorancia sino conocimiento, tan propia de los creadores de estas latitudes, ha sido para Botero una herramienta esencial para convertir su trabajo en un verdadero icono. Su imaginación ha sabido congeniar figuras de su Antioquia natal con Kouros griegos, estatuas romanas con dulces prostitutas, ninfas de Canovas con damas

de Amalfi, esculturas etruscas con jóvenes atléticos, sin que se asome un ápice de desorden. Al contrario, en una suerte de equilibrio prodigioso sus esculturas se elevan, a pesar de su peso y de su tamaño, y tienen tal fuerza, tal contundencia que cualquier observador queda inmediatamente magnetizado.

Infortunadamente, en el presente volumen prima más el interés por el reconocimiento general de su obra que por su trayectoria. Ese desequilibrio le resta la calidad conceptual que el libro merece. De ahí que sus obras expuestas en los Campos Elíseos en París, en el Paseo de la Castellana de Madrid, en la avenida Constitution de Washington ocupen el centro de gravitación del libro, lo que tiene un efecto negativo. Sobrados méritos tiene Botero, eso es indiscutible; lo que se critica es que este volumen recoja más el aplauso que el trabajo, la grandilocuencia que la trayectoria, el ruido que el silencio.

Independientemente del análisis del autor, se echa en falta un estudio sobre Botero escultor, obedeciendo a su propio título, a la manera del realizado por el estudioso Edward Sullivan, quien traza el arco de su evolución, lo que permite una aproximación valiosa, no un paseo por su consagración mundial.

RAMÓN COTE BARAIBAR

Avisos de tránsito: palabras en circulación

Ay ya (1997)

John Galán Casanova

Ateneo Fondo Editorial, Medellín,
2001, 61 págs.

De John Galán Casanova no conozco el famoso *Almacén Acsta*, con el que obtuvo el premio nacional de poesía joven Colcultura 1993. He leído algunos poemas sueltos en anto-

logías, y eso es todo. Ahora me llega este libro editado en 2001 pero cuyo título remite a una fecha anterior.



Ay ya (1997) se inscribe rápidamente en la poética de la ciudad y aquí hallaremos textos en verso y prosa, lo que apunta desde un comienzo a la mixtura del relato corto y la crónica existencial. Por momentos el poeta elude los peligros, que son excesos, de la poesía urbana de sus mayores (los de fines de los años sesenta y principalmente de los años ochenta). Tampoco basta “vivir la vida” en el texto, a la usanza nadaísta, para conseguir el azúcar en polvo que es la gracia expresiva. En este sentido, el lenguaje de Galán Casanova es por momentos de mayor control, un aguardiente mejor destilado; pero el tronco será el mismo, y cambia tan sólo el grado de pureza. Un texto como *Walkman* (págs. 37-38) pudo haberlo escrito Mario Rivero o algún militante del exteriorismo nicaragüense, y esto no pretende ser un elogio salvo para los lectores que piensen todavía que la emoción y la sinceridad son pasaportes artísticos. ¿En dónde se quedaron los dilemas de la composición y el empleo decoroso de la puntuación, la ortografía y los acentos? Total —parecen decir algunos—, el poeta quiere enfrentarse a la norma lingüística, quiere desenmascarar la ideología de la gramática castellana y quiere, con todo derecho, escribir como le dé la gana. Y además como persona es excelente amigo, mi *pata del alma* (Perú dixit) y al que diga lo